

zando, por lo menos en la ficción del arte, aquel sueño de Rousseau que consistía en abolir la civilización y restituirnos al estado de Naturaleza.

Don Eugenio D'Ors ha venido representando en Cataluña, durante veinte años, el convencionalismo frente a la espontaneidad, las buenas maneras frente a la franqueza y el estilo frente a la sencillez. Que estas oposiciones pueden resolverse en agradables síntesis, cosa es que no negará el propio señor Ors. Pero se encontró al empezar su carrera con que Barcelona no era tan sólo una ciudad democrática, en lo que se parecía a casi todas las otras ciudades europeas, sino una ciudad que no podía concebir otros ideales que los democráticos, en parte por carecer de una aristocracia de cuna lo bastante poderosa para imponer su trono a la ciudad, en parte, y esto era más grave, porque no había apenas en ella minorías selectas consagradas a las funciones más exquisitas de la vida espiritual, y ello le hizo convertirse en el Mesías de los refinamientos materiales y espirituales que echaba de menos.

Poseído de su misión y deseoso de un prestigio externo, que el mundo «municipal y cotidiano», que diría Rubén, niega frecuentemente al talento, supo oponer una mirada altiva y fría a la sonrisa del hombre económico, y así se conquistó la aureola que ha rodeado su nombre y las enemistades que le han obligado, al cabo, a separarse de la Mancomunidad.

Al dimitir su cargo de Director de Instrucción Pública de la Mancomunidad Catalana, don Eugenio D'Ors alegó el fundamento de no encontrar en ella protección debida a la libertad de enseñanza, citando, entre otros casos, la censura que intentaba ejercer un canónigo en las obras de enseñanza y vulgarización que publicaba la Mancomunidad, sin que ésta protestase. El Presidente de la Mancomunidad, señor Puig y Cadafalch, contestó a la acusación del señor Ors con una nota oficiosa en la que se decía que la separación del señor Ors no se debía a diferencias ideológicas, sino a «irregularidades administrativas». Estas palabras eran desdichadas, porque les ocurre lo que a todas las frases de doble sentido, y es que la gente no entiende más que uno, que es el peor de los dos.

Ahora bien; no es verdad que el señor Ors haya cometido irregularidades administrativas, en el sentido usual de estas palabras. Ninguno de los acusadores del señor Ors ha alegado cargo alguno que pueda interpretarse ni remotamente en el sentido de que el señor Ors haya cometido «irregularidades» al rendir sus cuentas, y es

una tristeza que la Mancomunidad no haya dado al señor Ors una explicación pública de lo que quería decir al emplear las palabras «irregularidades administrativas», y otra tristeza todavía mayor, la de que las leyes españolas, según las interpretan los letrados, no faciliten medios al señor Ors para arrancar, por coacción externa, a los directores de la Mancomunidad la satisfacción que, desgraciadamente, no brotó, espontánea, de sus corazones.

¿Qué significaban realmente esas

*No era éste ciertamente el espíritu con que animó sus máximas obras aquel llorado maestro Prat de la Riba. El, con sus atisbos geniales, burdamente imitados hoy por los que se titulan sus discípulos, fué quien dictatorialmente colocó a Xenius en el cargo de director general, que ahora hace añicos un presupuesto tramado en las sombras. Si Prat de la Riba viviese, ¿se hubiera realizado esta anormalidad? Y acaso de realizarse, ¿se hubiera tramitado en esta misma forma? Cataluña no está sobrada de hombres representativos para que separaciones tan dolorosas como la que comentamos, puedan llevarse a término, sin que se socaven en lo más escondido las raíces vitales de su nacionalidad. Porque con casos como el presente, toda diferenciación de sensibilidad colectiva en favor de un pueblo se quebranta. No hace muchos días hablábamos de esto entre amigos, y Ramiro de Maeztu, nuestro huésped ilustre, decía: «Aquí hay dos cosas que no se toleran cuando se dan de una vez: el mérito y el éxito. Las gentes transigen con que un hombre tenga mérito y esté olvidado o en la indigencia. Toleran también que un hombre tenga éxito a base de insuficiencia. Lo que nadie está dispuesto a consentir es que una virtud acompañe a la otra. Y esto—añadía—es lo que ha ocurrido a d'Ors».*

*¿No estará explicada, desentrañada, en estas finas palabras de nuestro amigo, realmente, todo el intríngulis del caso de Xenius?*

JOAQUÍN MONTANER

(Mundo Gráfico. Madrid).

«irregularidades administrativas»? El señor Bofill y Matas nos lo ha revelado en su acusación. El señor Ors quería que su opinión prevaleciese sobre la de la Junta o Consejo de Instrucción Pública, el señor Ors trabajaba demasiado y tomaba demasiadas iniciativas, algunas de las cuales, como la organización de las bibliotecas populares, aplauden incondicionalmente sus destructores; el señor Ors, en suma, se mostraba demasiado absorbente, y como esta acusación no es seria, porque lo grave sería que el señor Ors se hubiese mostrado negligente en el cumplimiento del deber, porque el exceso de laboriosidad e iniciativa es defecto que se corrige automáticamente con el curso del tiempo, se hace irresistible la necesidad de atribuir a una causa más profunda la ruptura del

señor Ors con la Mancomunidad, sobre todo si se tiene en cuenta que se trata, según el propio señor Bofill y Matas, de uno de los príncipes de la cultura catalana.

Y esta vez no es preciso ahondar mucho para descubrir esa causa profunda. Desde el planteamiento en gran escala del problema sindicalista en Cataluña, la Liga Regionalista ha puesto particular empeño en apoyar a los patronos. Este apoyo le ha costado graves sacrificios. Los dependientes de comercio, que votaban regularmente a los candidatos de la Liga, se han ido con los sindicalistas. A pesar de todo, «La Veu de Catalunya», órgano de la Liga, ha venido proclamando que ya no había en el mundo otros partidos políticos reales que los nacionalistas y los comunistas. Todos los otros son ficciones. Y no sólo esto, sino que la Liga se ha declarado aliada de todas las fuerzas partidarias de una guerra de exterminio de sindicalistas, aunque fueran las Juntas militares o el general Milans del Bosch, y enemiga de todas aquellas otras que no pregonen a voz en cuello esa guerra de exterminio, y aunque sólo quieran, como el gobierno del señor Sánchez Toca, suavizar los métodos de la guerra social.

Frente a esta posición de la Liga, el señor Ors adoptó una actitud independiente, que se expresó primero en algunas «glosas» publicadas en «La Veu», durante la huelga general de marzo, 1919, y en diversas conferencias pronunciadas en Olot, en la Escuela del Trabajo, de Barcelona, y en la Academia de Jurisprudencia, de Madrid. No sería exacto decir que en estos actos el señor Ors se haya sumado a los sindicalistas. Lo que le interesa es que la nueva sociedad encuentre el modo de fomentar el arte y la cultura, que son los intereses permanentes del hombre.

Es posible que de haber vivido el señor Prat de la Riba, fundador de la Mancomunidad, hubiera conseguido que se respetase la independencia espiritual del señor Ors. El señor Ors habla del señor Prat de la Riba como de un hombre superior. Quizás me engañe; pero se me figura que el nacionalismo sólo es superior cuando se da cuenta de que la nación no es más que un instrumento para la cultura, y que el del señor Prat de la Riba, como el del señor Cánovas, es de los que todo lo posponen—arte, cultura, religión—al Moloch nacional. Pero lo que de todos modos diferenciaba a los Cánovas y Prat de la Riba de los demás «zelotes» del nacionalismo es que se daban cuenta del poder de la inteligencia y la respetaban donde la encontraban, en tanto que los «zelotes» ordinarios de la política (y en esto son